

f.-l. mueller

historia de
la psicología



fondo de cultura económica

BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA, PSIQUIATRÍA Y PSICOANÁLISIS
dirigida por Ramón de la Fuente

HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA
De la antigüedad a nuestros días

Traducción de
FRANCISCO GONZÁLEZ ARAMBURO

FERNAND-LUCIEN MUELLER

HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA

De la antigüedad a nuestros días



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1960
Cuarta edición en francés, 1976
Primera edición en español, 1963
Segunda edición, 1980
Décima reimpresión, 2003



00000711

BF81
M8418
2003
UDES
CJ.1

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
Conozca nuestro catálogo: www.fondodeculturaeconomica.com

Título original:
Histoire de la psychologie, de l'antiquité à nos jours
© 1976, Payot, París

D. R. © 1963, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
D. R. © 1991, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
D. R. © 1998, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0374-5

Impreso en México • Printed in Mexico

PRÓLOGO

Es sabido que la psicología, durante dos milenios, fue inseparable de la filosofía hasta el punto de que el término que las distingue no existía. No fue sino en el siglo XIX cuando lo forjó un profesor de Marburgo hoy día olvidado, el lógico Rodolfo Goclenius, y su empleo fue muy raro hasta el siglo XVIII. Es sabido también que este término (de ψυχή, alma, y λόγος, razón) significa etimológicamente: *ciencia, estudio del alma*. Pero esta definición no nos sirve de mucho puesto que los hombres no han cesado de discutir, y aun de disputar, acerca de la naturaleza, la función e inclusive la realidad del alma; y también porque se trata de saber cómo y en qué medida esta realidad, acerca de la cual no se ponen de acuerdo, se ha convertido en el objeto de una investigación "científica" en la acepción actual del término.

Sin embargo, al contrario del nombre que lo designa, el campo que constituye la psicología tiene una historia tan larga que quien quisiese considerar todas las maneras de entender el alma humana vería abrirse ante sí un campo de amplitud desesperante; que además es de muy difícil acceso. Después de un estudio de las dos religiones más antiguas, el totemismo y el animismo, habría que iniciar el estudio de las concepciones de todas las sociedades depositarias de una tradición más o menos larga: Egipto, la India, China, el Japón, Persia... sin omitir a los celtas y a los germanos; reservar una suerte particular al pueblo hebreo, en la medida, sobre todo, en que el Nuevo Testamento implica el Antiguo; considerar también las concepciones del Islam... Así entendida, una historia de la psicología debería fundarse en la etnología y en la psicología religiosa, traer consigo una historia completa de la religión; en pocas palabras, suscitar una empresa interminable.

Deliberadamente, he optado por el Occidente. En el undécimo Congreso Internacional de Psicología, que se reunió en París, en 1937, Paul Masson-Oursel observó con razón que solamente Europa ha concebido en verdad la psicología en el sentido que reviste: como ciencia de los fenómenos psíquicos, paralela a las ciencias de la naturaleza. La India, por ejemplo, ajena a la idea de un determinismo de los fenómenos psíquicos, de manera natural y necesaria, no ha engendrado sino técnicas que implican la disociación de los fenómenos psíquicos con vistas a una salvación personal. Por tanto, considerando la psicología como una creación de la mentalidad occi-

dental, me he tomado la libertad de excluir de esta historia no sólo las concepciones animistas de los pueblos llamados primitivos, sino también las grandes tradiciones orientales. Es de prever que esta delimitación de principio, que preciso para quienes considerarán demasiado restrictiva esta obra, será criticada igualmente, pero por razones diferentes y aun contrarias, por algunos psicólogos profesionales. Como la psicología, en cuanto ciencia, no tiene para ellos nada en común con la psicología tradicional, considerarán que es arbitrario relacionar así las concepciones antiguas con las nuevas, y que, por consiguiente, hay en este libro muchas cosas de más.

Aunque tal manera de entender la cuestión tiene algo de verdad, no creo que por ello resulte arbitrario el presente ensayo. Pero si se pretende que la psicología en su forma actual, es decir, en cuanto disciplina independiente, fundada en métodos que apelan solamente al rigor científico, es la única legítima, no es menos cierto que su existencia proviene de aquella mentalidad racional de la que los griegos, en un determinado momento de la historia, fueron los promotores, y que resurgió en el siglo xvi. Y sigue siendo verdad también que las investigaciones, por transformadas que estén las perspectivas, continúan versando sobre el hombre interior, inclusive cuando pretenden dar cuenta y razón desde el exterior, mediante una captación puramente "objetiva"; ese hombre interior que, con su interrogación sobre sí mismo y sobre el mundo, sigue siendo el enigma esencial.

Su estudio no es, por cierto, el privilegio exclusivo de la psicología. Postula una antropología que apela tanto a la historia o a la filosofía como a la etnología o a la sociología, ciencias que se distinguen de la psicología por fronteras fluctuantes. Así también la psicología, cuando ha reivindicado su propio estatuto de independencia, no lo ha logrado más que por la concesión de una suerte de régimen privilegiado al individuo como tal, no obstante las correcciones (pienso en la psicología llamada social o colectiva) que se puedan hacer a la necesidad de aislar al sujeto individual para estudiarlo psicológicamente. Y con mayor razón en lo tocante al pasado, cuando el saber y las investigaciones estaban mucho menos estructurados, pues no podía ni pensarse en separar de una manera concluyente la psicología de lo que hoy es, clara y distintamente, metafísica, moral, teoría del conocimiento, fisiología, etcétera.

No hay duda de que estas investigaciones se inscriben siempre en una determinada mentalidad de época, inseparable a su vez de una historicidad. Son estas relaciones dialécticas las que he tratado de sacar a luz de alguna manera. Pienso que sin esto no podría haber historia verdadera. Se podría consagrar un grueso volumen

solamente a la descripción de los *tests* imaginados por los psicólogos, sin ningún provecho desde el punto de vista que acabo de esbozar. Aun si aquí se trata parcialmente de los estudios psicológicos tal como se presentan hoy día, sólo la historia puede aportar esa dimensión preciosa que nos da, en la medida en que es posible, el conocimiento genético de los problemas.

¿Se me objetará que las ciencias psicológicas, a la manera de Diógenes que se ponía a caminar para refutar a Zenón, progresan, y que eso es, finalmente, lo esencial? Si los que practican la psicología tienen razón en avanzar sin preocuparse demasiado de las justificaciones de principio, nosotros lo hacemos en interés general de la cultura. Es esta convicción la que me ha permitido resolver, dentro del campo limitado de la sola tradición occidental, la cuestión de la elección necesaria, puesto que aun así me era imposible considerarlo todo. Como sería a la vez erróneo y descomedido invocar, en esta ocasión, el adagio romano *praetor de minimis non curat*, diré que sólo he tratado de poner de relieve aspectos importantes, de destacar algunas "líneas de fuerza" susceptibles de aclarar a la vez los problemas que han surgido y las investigaciones a ellos ligadas.

Lo haya logrado o no, este ensayo no pretende dar un panorama completo de la psicología occidental, pues eso me hubiera llevado a un trabajo esencialmente descriptivo y analítico, a un catálogo abarrotado de nombres y de fechas. Mi meta, a la vez más modesta y más ambiciosa, me ha incitado a proceder, a menudo, a grandes rasgos, insistiendo sobre las tentativas que apuntan, más o menos oscuramente, a fundar una antropología concreta. En cuanto a la última parte, habida cuenta de las obras ya aparecidas y cuyas referencias se encontrarán, está lo bastante desarrollada para orientar en esa suerte de matorral espeso que constituyen hoy las ciencias psicológicas.

Y, por último: generalmente, me he atenido a lo explícito, a lo que los autores estudiados han dicho efectivamente, sin la pretensión de descubrir en ellos tendencias inconscientes para interpretarlos; pues esto me hubiese conducido a una psicología e incluso a un psicoanálisis de las teorías, es decir, a una empresa que hubiera constituido un trabajo totalmente distinto.

F.-L. M.

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

LA ACOGIDA que se ha dispensado a esta obra, así como las traducciones que de ella se han hecho, muestran que respondía a una necesidad.

Los agregados a esta cuarta edición están sobre todo en la última parte, ya que la abundancia y la complejidad de las investigaciones contemporáneas me animaron a darle una amplitud mayor. Me limité a los autores que me ha parecido que representan, con particular relieve, determinado aspecto de tales investigaciones, aunque admito que el procedimiento es discutible. Como aquellos autores vivos —y son numerosos— que no se citan pueden estar persuadidos de que su obra tiene una importancia por lo menos igual a la de los que aquí se exponen, les ofrezco de antemano mis disculpas.

F.-L. M.

Primera parte

LA NOCIÓN DE ALMA ENTRE LOS GRIEGOS

I. LA GRECIA PRIMITIVA

1. EL ANIMISMO

LA IDEA de alma nació, sin duda, de experiencias fundamentales: nacimiento y muerte, sueño y ensueños, síncope, delirios, etc., inherentes a una primera y oscura toma de consciencia del hombre de su realidad en el mundo. Si hoy, con el conocimiento adquirido por un largo pasado, se presenta en un contexto teórico de articulaciones precisas, no ocurría evidentemente lo mismo cuando las representaciones de las cosas eran todavía confusas en el espíritu humano, estrechamente sometidas al juego de los sentimientos y de la imaginación, sin la preocupación de lo que más tarde ha llegado a ser la "objetividad". Por tanto, sería ingenuo pretender encontrar, en esas remotas edades, nociones claras y distintas.

En el pensamiento primitivo, el alma aparece en correlación mágica —variable según los pueblos— con las fuerzas de la vida, y se le atribuye tanto al animal como al hombre por el hecho de que respira igual que puede sangrar; porque morir es visiblemente exhalar el último aliento o vaciarse de su sangre. Ahora bien, ¿qué pasa con esta alma misteriosa que "habita" el cuerpo cuando éste no es más que un cadáver? A esta pregunta las mentalidades primitivas respondieron con toda clase de representaciones imaginarias: reino de los espíritus, migración de las almas, fantasmas de los que regresan, etcétera.

Es bien sabido que desde entonces el género humano, dondequiera que surge, se expresa primeramente por una actitud *animista*. Al parecer, todas las primeras sociedades humanas han atribuido sus éxitos y sus fracasos a poderes misteriosos, omnipresentes, capaces de modificar el curso de las cosas; tal concepción supone el deseo de conciliarse o de apaciguar esas fuerzas mediante prácticas religiosas o mágicas, que, de tal modo, aparecen en los orígenes mismos de la vida mental.

Los estudios modernos, así sobre la mentalidad infantil como sobre la primitiva, han aclarado de manera satisfactoria ese estado del espíritu, que consiste en proyectar hacia el exterior deseos y temores, en conferir un poder oculto a los seres y las cosas del mundo ambiente.

Todos nosotros, adultos occidentales, hemos creído en nuestra primera infancia en los cuentos de hadas, y a menudo nos queda

de ese mundo poético y milagroso de entonces una vaga nostalgia, que las luces de la Navidad reavivan una y otra vez.

La psicología propia de esta mentalidad animista presenta formas variadas y dista de ser tan simple como podría creerse a primera vista. Por ejemplo, no es fácil saber en qué medida el alma particular que algunos pueblos africanos atribuyen a las partes del cuerpo (el ojo, la sangre, el corazón, el hígado, etc.) representa para ellos la sede de una potencia vital experimentada como sustancialmente una, o si responde a un pluralismo radical del hombre. Por lo demás, este problema no está totalmente elucidado tampoco por lo que toca al mundo homérico, en el que los individuos hablan de sí mismos diciendo: "mi querido corazón" o "mi querida cabeza". Sea como fuere, el reagrupamiento en categorías de las creencias manifestadas por algunos primitivos nos lleva a distinguir diversas clases de almas: un *alma-vida*, que abandona el cuerpo durante el sueño, vaga y encuentra entonces otras almas; que busca después de la muerte otro cuerpo y puede engendrar enfermedades (correspondiendo entonces al brujo expulsarla y mantenerla en el reino de los muertos); un *alma-sombra* que sigue al cuerpo en estado de vigilia (para no perderla, los negros del África occidental se abstienen de exponerse al sol del mediodía); un *alma-reflejo-del-cuerpo*, que aparece en las aguas o en los objetos brillantes; habría que tener en cuenta, todavía, otra clase de alma, que el individuo tiene en común con un animal, por ejemplo, y que supone una comunidad de destino e incluso de algunas propiedades físicas y morales.

Los griegos primitivos se representaron también la actividad vital bajo las formas diversas de la sombra, de la imagen, del simulacro, de los espectros de los difuntos, y a su vez los romanos distinguieron el *genius*, la *umbra* (que aparece alrededor de los *tumulus*), del *spiritus* (que *astra petit*, es decir, sube al cielo), y de los *manes* (que descienden al *orco*, reino subterráneo de las sombras). O sea, que su idea del alma, que parece estar implícita ya en las más antiguas concepciones griegas acerca del hombre y de su destino, no difiere fundamentalmente de la que encontramos entre los primitivos en general, y que constituye el animismo en sus diversas formas. A la idea del alma semejante al cuerpo que ocupa, aunque más pálida y tenue, se añade la del alma como un hálito exhalado en el instante de la muerte. Frecuentemente, las decoraciones de los vasos griegos ilustran esta concepción con la imagen de una mariposa,¹ de una mosca o de otro insecto alado que escapa de la boca del moribundo.

¹ La misma palabra ψυχή designa a la mariposa y al alma.

¿Hay que recordar que la vida del hombre, en la Biblia misma, tiene como origen un soplo de Yahvéh?²

2. EL MUNDO HOMÉRICO

No es fácil formarse una idea precisa de lo que fue la fe religiosa en la Grecia antigua, y excelentes humanistas lo discuten todavía. Por eso es difícil vincular las concepciones que salen a luz a través de los poemas homéricos con las que se descubren en los misterios griegos, pues el mundo homérico, en el que prevalece el heroísmo, está regido por dioses llenos de vida. Casi no hay duda de que la religión de Homero se aparta de las tradiciones populares y es probable también que no excluía una corriente mística mucho más profunda, ligada sobre todo al culto de Deméter. Rohde cree que los poemas homéricos, precedidos por una dilatada elaboración de leyendas poéticas, y que describen un estado social avanzado, manifiestan más un fin que un comienzo. Y en virtud del hecho de que nos presentan griegos muy evolucionados y ricos en experiencias, juzga el desarrollo de los funerales de Patroclo como la supervivencia de un culto más antiguo. Se ha observado a menudo que estos poemas expresan un sentimiento muy vivo de la realidad concreta, la cual es, más que el destino del alma separada del cuerpo, su objeto de interés. "Ser como un Dios en la tierra es poseer, con suficiencia, todas las riquezas y todas las fuentes de disfrute material de que carecen la mayoría de los hombres."³ El hombre experimenta este gusto por la vida en cuanto es, a la vez, alma y cuerpo, y en cuanto esta unión preside sus actividades. "A ningún hombre homérico se le pasa por las mientes el volver las espaldas a la vida. No nos hablan expresamente de la dulzura y la dicha de vivir, sencillamente porque estos sentimientos son algo que no necesita de explicación tratándose de un pueblo vigoroso, de un pueblo que marchaba por un camino ascendente y que vivía dentro de condiciones poco complicadas, en las que el hombre fuerte goza fácilmente de la dicha en el disfrute y en la actividad. A decir verdad, este mundo homérico es un mundo hecho solamente para los fuertes, los astutos y los poderosos."⁴

En la *Iliada*, los dos móviles esenciales de la vida moral son el temor al juicio del otro y la utilidad colectiva del valor, que cobra

² "Entonces Yahvéh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente" (Génesis, 2: 7.)

³ Fernand Robert: *Homère*, P.U.F., 1950, p. 46.

⁴ Erwin Rohde: *Psyché*. Ed. franc. de Auguste Reymont, París, Payot, 1928, p. 2. [Ed. en esp. *Psique*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948. 1, p. 8.]

toda su importancia en los combates. No se trata de una recompensa o de un castigo en el más allá, ni siquiera de una potencia—cuya noción aparece en la *Odisea*— capaz de proteger, a veces, al justo en este mundo. Al igual que el cuerpo que abandona, la psique no nos da razón del misterio del hombre en cuanto ser dotado concretamente de sentimientos, deseos, voluntad, pensamiento. Este hombre activo y consciente muere cuando el alma, que es de la naturaleza del viento, abandona al cuerpo por la boca o con la sangre de una herida, para llegar al Hades llorando por su destino. Cuando Patroclo, herido de muerte por Héctor, muere prediciéndole que tampoco él vivirá mucho tiempo más, sus últimas palabras rezan así: “Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y la parca cruel se te acercan, y sucumbirás. . . Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. . .”⁵

La suerte de los muertos no es envidiable, aun cuando se pueda pensar que es privilegiada para las grandes almas difuntas. Cuando Ulises proclama la dicha inigualada de Aquiles, que ejerce ahora—después de haber sido honrado como un dios— su poder sobre los muertos, el héroe le responde amargamente: “No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos.”⁶

En el reino de Hades y de Perséfone, más allá de Océano y del río Aqueronte, el alma desencarnada vuelve a encontrar a sus semejantes, las almas de los difuntos, que se agitan inconscientes en este reino de las sombras, impalpables, inconsistentes como el humo o como la imagen reflejada por el agua, sustraídas a las agitaciones de los vivos, aunque estos fantasmas conserven sus rasgos. Cuando Aquiles, al caer la noche, se encuentra en presencia del alma de Patroclo, que implora una sepultura, la identifica por su forma y aun por su mirada. Y esta alma se lamenta, también, por la vida perdida: “Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas de Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy por los alrededores del palacio de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando, pues ya no volveré de Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de la vida, conversaremos separadamente de los amigos;

⁵ *Iliada*, XVI, 850; trad. esp. por Luis Segala, Raíz y Rama, Barcelona, 1943.

⁶ *Odisea*, XI, 490; trad. esp. por Luis Segalá, Raíz y Rama, Barcelona, 1943.

pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. . .”⁷

Los poemas homéricos no nos enseñan nada acerca del origen de este cuerpo invisible, que es el doble del cuerpo visible y le sobrevive como su sombra; sabemos solamente que todo retorno les está prohibido a los muertos, separados de los vivos por Océano y por el Aqueronte. Así también, los hombres que viven sobre la tierra, que no tienen nada que temer de estos difuntos, casi no se cuidan de conciliarse sus favores o de rendirles culto.

3. EL CULTO DE DIONISOS

Aunque el mundo homérico es un mundo heroico, para el que la vida es la de aquí abajo, un poco más tarde—cuando se ejerce ya la reflexión racional de los pensadores jonios— surge o resurge en Grecia una tendencia religiosa y mística, fundada en la creencia en un desacuerdo profundo entre el alma, investida de un valor sagrado, y el cuerpo. El alma, venida del más allá, conserva la nostalgia de ese mundo y el cuerpo le parece una prisión o una tumba. Se puede dudar de que las impresiones producidas por los sueños, por los acontecimientos graves de la existencia, o por los fenómenos meteorológicos o cósmicos hayan bastado para engendrar tal creencia; las emociones ligadas a las prácticas de algunos cultos, en particular del de Dionisos, han desempeñado probablemente un importante papel al respecto.

Al parecer, este culto nació muy pronto; quizá existía ya, en Tracia, en la época prehelénica. Se sabe que sus adeptos, agrupados en asociaciones secretas, en *thiasas*, lo celebraban de noche, sobre las montañas. Danzas frenéticas, a la luz de antorchas, con gritos y rimadas al son de tambores y de flautas suscitaban ese delirio colectivo del que, todavía hoy, pueden darnos una idea las ceremonias sagradas de algunas tribus negras.⁸ Tanto si tales cultos tenían como móvil inicial un deseo de conciliarse las misteriosas fuerzas de la naturaleza, como si su objeto era la celebración de mitos consagrados a la memoria de los grandes ancestros, suscitaban una exaltación delirante, cuyo recuerdo debía ser fuerte y duradero. Tal experiencia pudo conducir a la convicción de que esta misteriosa emoción de plenitud, despertada por el dios e identificada con él, era hartamente superior a la vida, mezquina y cotidiana de la tierra y que, de tal modo, el cuerpo no tenía sentido más que como envoltura de esta alma

⁷ *Iliada*, XXIII, 70; trad. esp. por Luis Segalá, Raíz y Rama, Barcelona, 1943.

⁸ Eurípides describe este culto en *Las bacantes*.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

